

Los atronadores aplausos que acogieron la terminación del acto vinieron á interrumpir su soliloquio. Oyó que, cerca de él, Brandón suspiraba, como si se libraba de enojosa carga:

—Al fin, uno que ha terminado.

—¿No les parece que el éxito es muy grande?— preguntó la señora Brandón.

—Oigan las aclamaciones—dijo Susana.—¿Verdad que anuncian un éxito efectivo?

—Sí, querida mía, un éxito muy grande.

—Entonces procura traernos á Harry, y no vayas más que al escenario.

Dirigió á su esposo una mirada suplicante, á la que él contestó con una vaga sonrisa. A la joven le pareció que Derstal no estaba todo lo explícito que debía, y, levantándose, llegó hasta el fondo del palco.

—No quiero que vayas á hablar con la señorita Brillant. Prométeme que no la buscarás.

Oliverio dijo con tristeza:

—Te doy mi palabra, Susana, y puedes estar segura de que no tengo el menor deseo de encontrarme en su presencia.

—Entonces, hasta ahora.

Se inclinó, y corriendo el riesgo de que la viesan los espectadores de las butacas, que se apresuraban para ganar la salida, le dió un beso. En el pasillo unas veinte personas formaban grupo y hablaban con animación. Un hombre grueso, de voz bronca, que era el editor de la partitura de *Atala*,

peroraba, celebrando calurosamente la música del joven maestro americano.

—Está bien, muy bien—decía;—conseguido el fin propuesto y lleno de promesas. Sinceramente hay que confesar que no hay nadie que instrumentalmente mejor; como forma, no puede pedirse nada más adelantado, y, sin embargo, hay armonía y sonoridad.

—¡Ah!—dijo el Blériot, sonriendo irónicamente.—Ya está usted viendo los fragmentos en todos los pianos.

—Amigo mío, no hay que burlarse. Bueno es que los editores ganen dinero, aunque no sea más que para pagar á los autores que no tienen venta.

De pronto el editor hizo un brusco movimiento, y exclamó:

—Aquí está Derstal. Venga usted, querido maestro. Estamos hablando de su cuñado. Tiene mucho talento.

—Un talento de familia—murmuró Clementet.

Derstal, rodeado y estrechado, hizo esfuerzos para separarse del grupo de músicos y periodistas, y viendo que no podía conseguirlo, se resignó á sufrir el asalto de los curiosos. Todos le hacían preguntas referentes á Harry Brandón, sabiendo que cuanto dijese había de ser reproducido en la sección musical de los grandes periódicos. Midió sus palabras, y sólo dijo aquello que había de satisfacer más á su cuñado y á sus suegros. Terminaba á gusto y satisfacción de los que le ator-

mentaban, cuando un recién llegado modificó la situación en un instante. Del fondo del pasillo, dirigiéndose hacia el grupo en el que estaba Derstal, vestido con su mal cortado frac, saliéndosele la pechera de la camisa por el escote del chaleco, llevando al cuello una corbata que más parecía una cuerda, y con las manos en la espalda, Lavirón adelantaba.

Al verle, Derstal se estremeció. La sangre afluyó á su rostro y sus nervios se contrajeron dolorosamente. Se fijó en el crítico, que continuaba acercándose sin que al parecer le hubiese visto, pues sonreía como cuando estaba satisfecho. Sus compañeros, á pesar de su acostumbrada falta de respeto profesional, se apartaron para cederle el paso, y Derstal se encontró de pronto en medio del pasillo y en frente de su antiguo amigo. El rostro de Lavirón se crispó; bajo los cristales de sus lentes, sus ojos adquirieron una fijeza amenazadora. Por espacio de algunos segundos, y con sardónica curiosidad, examinó silenciosamente al compositor. Derstal, no pudiendo soportar por más tiempo aquel examen y aquel silencio, dió algunos pasos hacia el crítico, y con humilde deferencia le dijo en voz baja:

— Querido maestro: usted me perdonará el que no me haya aún presentado en su casa. No me acuse de falta de afecto.....

Al mismo tiempo el joven, esforzándose por disimular el temor que le paralizaba, tendió las ma-

nos á Lavirón. Al parecer, éste no se fijó en el ademán. Sin mover los brazos, fijó en Derstal una mirada altanera, y le dijo:

— ¿Por qué me da usted explicaciones? ¿Cree usted que sus asuntos pueden interesarme lo más mínimo? ¡No le conozco!

Y dejando anonadado con semejante desaprobación al compositor, la reputación del cual tanto había contribuido á cimentar, se puso á hablar tranquilamente con sus compañeros, que no se explicaban aquella inesperada escena. Temblando como un azogado, Derstal se dirigió hacia la puerta del escenario; pero aún tuvo tiempo de oír á Clementet que preguntaba:

— ¿Por qué diablos se conduce usted de este modo con el pobre Derstal, cuando tantas veces le ha elogiado? ¿Ha cambiado usted de opinión respecto á él? ¿Cree usted que ya no tiene talento?

— No — replicó fríamente Lavirón; — únicamente he cambiado de opinión con respecto á su carácter. Es un gran músico, pero un danzante.

Derstal empujó la puerta y entró en el escenario. Detrás de un bastidor pudo reponerse y calmar la emoción que le había producido la afrenta que Lavirón le acababa de hacer públicamente. Una rabia loca le subió al cerebro. Con violencia golpeó el suelo con el pie y sus manos se crisparon. Los más opuestos proyectos pasaron sucesivamente por su imaginación. Pensó en dirigirse de nuevo á Lavirón y suplicarle que le oyese, y

esforzarse para convencerle de que no se había conducido mal; pero ¿cómo llegar á esto, cuando su conciencia le reprochaba su modo de proceder? Además, ¿debía humillarse ante todos los que habían sido testigos del incidente, y, sin duda, lo comentaban burlándose?

—No—murmuró;—es imposible.

Y con arrebatado de furor, pensó si no sería mejor que enviase dos amigos á Lavirón para que le exigiesen cuenta de la ofensa que acababa de inferirle; pero aquello también era imposible. ¿Cómo él, un joven, iba á atreverse á amenazar á un viejo que tan bondadosamente había sido su protector en otro tiempo? Haciendo semejante acto, ¿no se cubriría de vergüenza y ridículo? Viendo que nada de cuanto imaginaba era realizable, tuvo que conformarse con la afrenta.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Qué pensaría Eva cuando tuviese noticia del modo tan duro con que había sido tratado por Lavirón? ¿Acaso la vergüenza que acababa de sufrir no había sido concertada entre el crítico y ella? Lavirón, que sentía una adoración verdadera por la artista, ¿no le habría prometido vengarla en cuanto se presentase ocasión? Hizo esfuerzos para creer en esta connivencia, y pensando que Lavirón y Eva podían tener algo que reprocharse con respecto á él, se sintió más tranquilo. El peso que oprimía su conciencia disminuyó. Mentalmente se dijo: «Si uno y otra se han vengado de mí, estamos en

paz. Ya no les debo nada. Ellos mismos me han libertado.»

Algo más tranquilo, dejó la obscuridad de entre bastidores y pasó al escenario. Allí, entre lisonjeras alabanzas, sus ideas cambiaron. En medio de un grupo el joven Harry, radiante de satisfacción, respondía con voz que las emociones habían enronquecido, á las preguntas y á las observaciones. Los *reporters* tomaban notas, y un dibujante, sentado en una roca de cartón, trazaba con rasgo cómico y deformador la silueta del músico. Fromageot, entusiasmado con el éxito, decía á voz en grito:

—¡Ya puede ofrecerme el ministro una subvención para que acoja sus pensionados en Roma! ¡Prefiero mi libertad! ¡Al diablo el arte oficial! Con el dinero que voy á ganar con *Atala* podré montar *Armida*, de Gluck. Estas son las obras maestras que yo sé elegir.

—¡Ah!—dijo Clementet, suspirando.—Lo peor no es que cueste muy caro poner en escena *Armida*, es que, excepción hecha del acto de los jardines, es una obra pesadísima.

—Es notorio que es una obra maestra — rugió Fromageot.

—Estamos de acuerdo; pero es una obra maestra notoriamente inaguantable.

El dibujante cortó muy oportunamente la conversación, enseñando el retrato de Harry: una nariz aguda, una línea en vez de boca, en vez de

ojos dos puntos, los cabellos imitados por muy gruesas líneas, el abdomen hundido, las piernas arqueadas y dos pies enormes retrataban fielmente al yanqui, con su aspecto asombrado y audaz á la vez.

—¡Qué bien está!—exclamó Harry entusiasmado con su entrada en la actualidad.—¿En dónde publicará usted ese dibujo, señor Japhet?

—En *El Figaro*. Señor Derstal—dijo el dibujante, saludando al cuñado de Brandón que se acercaba al grupo.—¿Me permite usted que le haga un apunte?

Derstal hizo un gesto de asentimiento, y acercándose á Harry, le dijo:

—Qué, ¿estás contento? Ahora el éxito es indudable. El efecto del segundo acto no puede fallar; la muerte de *Atala* impresionará profundamente al auditorio.....

—¿Pero qué te pasa, Oliverio? Estás pálido—intrumpió el joven, mirando fijamente á su cuñado.

—Nada, el calor de la sala.

—Indudablemente la inconveniencia de nuestro viejo Lavirón será una de las causas—exclamó Clementet, apoyándose en el brazo de Derstal.—Sepa usted, querido maestro, que ese jabalí artístico se está haciendo inaguantable. Yo pregunto: ¿qué es lo que le ha dado? Todos nos hemos escandalizado con su modo de proceder. Yo no creo que tenga la necia pretensión de imponer á todo el mundo sus gustos, aficiones y costumbres. Vive

con su criada en un cuartito sucio, se cambia poco de ropa y huye de los centros elegantes. Esto no es una razón para que sea grosero con los que se casan con mujeres bonitas, cuidan de su persona y no se alborotan porque se quite el polvo á los muebles..... Lavirón es un grosero que toma la sujeción por independencia.

Esta serie de atrocidades indignaron á Derstal. Se separó dos pasos del periodista, y contestó con aire de tristeza:

—De Lavirón tengo que soportarlo todo. Ha hecho tanto por mí, que yo le reconozco el derecho de tratarme como se le antoje. Si ha sido injusto, peor para él; pero dada mi situación y su carácter, no puedo hacer más que inclinarme. Lo que yo he hecho ya lo han visto ustedes. Yo les suplico que no me hablen mal del viejo maestro; me contraría más lo que ustedes me dicen que su severidad.

Clementet replicó:

—¡Que grandeza de alma! Estas debilidades son las que le envalentonan y hacen que crea que todo le está permitido. ¡Menudo artículo va á hacer sobre la *Atala* de su cuñado! Ha estado tomando notas durante todo el acto; ya sabemos lo que esto presagia.

—No crea usted capaz á Lavirón de decir nada que no sea la expresión fiel de su pensamiento.

—¡Eh! Se limitará á decir sencillamente que la música de *Atala* no es de quien la firma.

Derstal palideció:

—Entonces, ¿de quién es?

—¿De quién ha de ser? De usted.

—Eso no es cierto.

—Vamos, Derstal, no nos tome usted por tontos; ó si quiere usted engañarnos, disfrace mejor su modo de hacer. Mi querido maestro, en el público no se oye repetir más que estas frases: «Es de Derstal, y es de lo mejor que ha salido de su pluma.»

—Esto es una indignidad—protestó el compositor con agitación.—¿En qué situación van á colocarme? Clementet, yo le suplico que vaya á la sala y repita á todos sus amigos mis formales negativas. La partitura es de Harry Brandón, de él sólo, y si yo no lo afirmase á voz en grito sería una deslealtad en mí. Contemple usted á ese joven, tan contento con su triunfo, y ya quieren envenenarle su alegría. ¿Por ventura, en nuestro horrible mundo del arte no se puede respetar nada? ¿El éxito es decididamente un crimen?

—Querido amigo, nadie puede sufrir á los aficionados; les quitan el sitio á los profesionales, y disponen de demasiados medios para triunfar. No se les admira, y cuando, además, se sospecha que son grajos engalanados con plumas de pavo real, entonces la gente es feroz. Usted me suplica que contrarreste el efecto general, y yo voy á hacerlo; pero, ¿lo conseguiré? Esto es ya más difícil. De todos modos, prepare á su cuñado para un escándalo: es lo más prudente.

—Usted me desespera.

—Yo no creo que tenga usted nada que temer.

—Preferiría que la tomasen conmigo.

—Pues bien, trabaje usted por su parte. Vaya usted á las redacciones de los periódicos; en todas le recibirán amistosamente, y, sin duda alguna, podrá contener la tormenta.

Derstal se dirigió al palco. La puerta estaba abierta, y en el pasillo se estrujaba un cortejo que acudía á felicitar á la familia del músico. Susana hacía los honores del proscenio. El embajador de los Estados Unidos salía en aquel momento, prometiendo que asistiría á la cena que en casa de Brandón iba á celebrarse para obsequiar á los amigos que habían ido á aplaudir la obra. Derstal se acercó á su mujer, y le dijo al oído:

—Te dejo. Márchate con tu padre. Voy á ocuparme de asuntos de Harry. Llegaré á casa al mismo tiempo que ustedes.

—¿Qué sucede?

—No te preocupes; se trata de una diligencia que únicamente yo puedo hacer.

—Está bien.

Se puso el abrigo y se alejó, dirigiéndose á una escalera que conducía al patio. Llegó á la puerta, y en el peristilo encontró á una mujer, envuelta en un amplio abrigo, que sin duda esperaba que uno de los criados le trajese un coche. Preocupado por las revelaciones de Clementet, Derstal se disponía á salir cuando una exclamación

ahogada le hizo volver la cabeza, y reconociendo á Eva Brillant, sintió un estremecimiento que le paralizó. Eva estaba pálida, muy pálida, pero hacía esfuerzos para sonreír. Al saludo de Derstal contestó con un gesto, y en aquel mismo momento el criado del teatro llegó y dijo:

—Señora, el coche espera.

Sin ponerse de acuerdo, sin que ni una palabra ni una mirada se cambiasen, Derstal y Eva bajaron los escalones y, guiados por el criado, llegaron hasta un coche que esperaba al borde de la acera. Derstal dió unas monedas al acomodador, abrió él mismo la portezuela para que subiese la cantante y preguntó:

—¿Dónde vas?

—A mi casa.

—Cohero, calle de.....; pare en la esquina de la calle Drouot y del *boulevard*.

Y sin pedir á Eva permiso para acompañarla, se sentó á su lado. Como dominada por una fuerza superior á su voluntad, la cantante no había hecho un solo esfuerzo para evitar la presencia de Derstal. El coche corría, y ellos estaban uno junto á otro, temblando de emoción, pero separados y como si hubiesen sido extraños. Eva fué la primera que recobró el valor para hablar, y, volviéndose, descubrió su noble rostro iluminado por la indecisa luz de los faroles del coche.

—Esta noche—le dijo—he visto á su mujer por

vez primera. Es encantadora. Le felicito..... Merece ser querida.

Derstal inclinó la cabeza y respondió:

—Eva, hálbame de ti. Es lo único que me interesa. ¿Qué haces? ¿Qué es de tu vida?

La cantante sonrió con dulzura.

—Mi vida es la misma que ha sido siempre: la vida de una mujer sencilla, ordenada y casera. Trabajo mucho.

—¿Y vives..... sola?

—Vivo con mi madre, como antes.

Derstal hizo un gesto de impaciencia.

—No me contestas á lo que te pregunto.....

Con amargura, la cantante contestó:

—¡Ah! Usted quiere saber si tengo algún amante..... Pues no; no he querido tener ninguno. Ya había visto de lo que son capaces los hombres, siendo buenos. ¿Qué no harían los malos? La prueba no me ha seducido..... Debo confesar que no ha sido por falta de ocasiones.....

Un suspiro brotó de los labios de Derstal. No se atrevió á mirar á Eva, pero el temblor de su cuerpo atestiguaba la violencia de su emoción. Haciendo un esfuerzo dijo:

—¿Me perdonarás, Eva?

Una ola de sangre subió al rostro de la joven. Se volvió y fijó con orgullo sus ojos en Derstal.

—¿Qué es lo que usted se ha creído? ¿Llega usted al extremo de imaginar, de creer que le voy á pedir cuentas? Si fuese así, no le toleraría

cerca de mí en este momento. No, no. Yo no tengo ningún resentimiento contra usted. Ni uno ni otro habíamos aceptado ningún compromiso. Usted era libre..... yo lo era también..... Recuerde que sólo tenía una preocupación: la de ayudarle en su carrera..... Lo he hecho mientras ha dependido de mí..... Hoy se encarga de ello otra persona..... Usted me hará la justicia de concederme que mis primeras palabras han sido para decirle que la encontraba encantadora. Sea usted dichoso, querido maestro. Tiene usted todo cuanto ha creído necesario para llegar á la felicidad: buenas relaciones, gran fortuna, amigos influyentes y la tranquilidad de poder trabajar á ratos perdidos. Yo conocí otro Derstal, ambicioso de los éxitos difíciles, desdeñoso de los círculos mundanos, enamorado de la fecunda soledad y perseguidor rudo y encarnizado de la inspiración. Es á ése al que yo quise, por el que sufro, al que nunca podré olvidar.

—¡Eva!—exclamó Derstal emocionado y tendiendo los brazos.

La cantante le miró con altanera frialdad.

—¿Qué le pasa á usted? ¿Acaso echa usted también de menos á ese Derstal? De ser así, llórele, porque ha muerto, y su cerebro está ahora tan frío como su corazón.

—La sentencia que acabas de pronunciar es demasiado cruel—murmuró el compositor con voz temblorosa.—He merecido ser tratado duramen-

te.... Pero, ¿con qué derecho haces compartir al artista el destino del amante? ¿No tomas en una venganza que ha motivado la falta del otro? ¿Me juzgas perdido para mi arte, muerto intelectualmente como acabas de decir?

Eva sonrió de nuevo.

—Se puede morir para el arte y escribir música todavía. Usted lo ha demostrado esta misma noche.

—¡Cómo! ¿También tú?—exclamó Derstal encolerizándose.

—Sí, yo, como todos los que le conocen y lamentan que emplee sus facultades creadoras de semejante modo. Eso es lo que nunca hubiera hecho el Derstal de quien hablaba hace un momento. ¿Poner su talento al servicio de otro? Se habría negado con desdén. Hay una distancia muy grande entre aceptar y rechazar un trabajo semejante. En el camino recorrido están escalonadas la pérdida del orgullo, la abdicación de la independencia, la necesidad del lujo enervante, el olvido de la personalidad. Yo repito que el Derstal que mis amigos y yo hemos conocido y querido, no existe. Hay otro que tiene su misma cara, que se le parece como si fuese su hermano; pero no tiene ni su cerebro, ni su corazón. Escribe música de pacotilla. No volverá á escribir una obra maestra.

—¿Qué sabes tú?—dijo Derstal, herido en lo más profundo de su orgullo.

—¡Oh! Si algo deseo en este mundo es verme

precisada á confesar que me equivoco—dijo Eva sonriendo con tranquilidad. Hace un año que en la Ópera se está esperando *La Veneciana*....., y yo soy quien debe cantarla.

—¿Consentirás en ello?—preguntó Derstal con asombro.

—¿Acaso puedo hacer otra cosa? Estoy contratada en la Ópera. El director me distribuye un papel y no tengo para qué preocuparme de saber quién es el autor. Mi deber consiste en interpretarlo, así como el del autor consiste en escribirlo.

Fijó en Derstal una altanera mirada y añadió:

—Es un asunto de probidad profesional. Peor para quien falte á él.

En aquel momento el coche se detuvo. Eva y Derstal permanecieron callados un instante. Al fin, el compositor, saliendo de su doloroso encogimiento y estrechando con pasión á la joven entre sus brazos, dijo:

—Eva, por piedad. No nos separemos de tan horrible modo..... Perdóname. Dime que me perdonas.

La cantante le rechazó. Sus ojos brillaron en la sombra, y, hermosa como nunca la había visto, le dijo:

—¡Desgraciado! Una mujer como yo podría perdonarte que la hubieses abandonado si al mismo tiempo no hubieses desertado de la gloria. Lo que adoraba en ti era tu genio. Esta ha sido la causa de mi cruel decepción. Déjame, vete; vuelve á tu

ociosidad y á tu riqueza. Hazte pagar tu traición, y déjame con mi arte, que llena mi alma por entero.

Abrió la portezuela del coche y empujó á Derstal. La miró por última vez y vió que tenía los ojos llenos de lágrimas. Quiso correr, hablarla, convencerla; pero el coche se alejó, y Derstal se encontró solo en la obscuridad de la noche.

II

A pesar de los esfuerzos de Derstal, la prensa no fué indulgente para el joven Harry. Le atacó por el lado que había de serle más sensible, negándole la paternidad de su obra. Trilby, el temible cronista del *Echo* le jugó al americano la partida de citar en su artículo la más vulgar de todas las melodías publicadas en otra ocasión por Brandon, y de establecer un paralelo entre aquella meliflua composición y la factura nerviosa y brillante de *Atala*.

«¿A quién se hará tragar—decía—que el mismo músico sea el autor de estas dos obras? Es muy cierto que en las noches de estreno acuden al teatro muchos papanatas, pero no tantos como la gente se figura. Hay gentes que conocen á los autores: *Atala* pregona el nombre de Derstal en todas sus notas y en todos sus suspiros. En el dúo con Chactas alguien ha observado unas notas bajas